

El padre Cubero y su viaje por Asia a fines del siglo XVII

Los misioneros, diplomáticos y aventureros españoles que viajaron por Asia en los siglos XVI y XVII son menos conocidos que los que anduvieron por América, y sus relatos constituyen, en palabras de Caro Baroja, «una imagen del mundo perdida»¹, es decir, desaprovechada, pues tal imagen es susceptible y merecedora de recuperación: ahí está el *Epítome de la Bibliotheca orientalis y occidentalis*, de León Pinelo, no menos desatendido y cubierto de polvo que el arpa de Bécquer². Es una vergüenza de nuestra cultura, y de algún ministerio, la inexistencia de algo parecido a la Hakluyt Society, creada en Inglaterra hace más de siglo y medio³. La actual bús-

¹ *Una imagen del mundo perdida*. Discurso pronunciado en la Universidad Internacional Menéndez Pelayo (Santander, 1979; 106 pp.). Huelga decir que este trabajo deriva de las enseñanzas de Caro Baroja, que formó una de las mejores colecciones de libros de viajes existentes en España, fue de los primeros en extraer de ellos datos valiosos, y dirigió en el CSIC un programa de investigación, denominado «Fuentes de la Etnografía Española», uno de cuyos objetivos era precisamente estudiar esta parcela de nuestro patrimonio cultural.

² La primera edición, de 1629, fue ampliada por D. Andrés GONZÁLEZ DE BARCIA un siglo después (Madrid: Francisco Martínez Abad, 1737-8, 3 vols.). A la enorme compilación de Pinelo cabe aún añadir A. R. RODRÍGUEZ-MOÑINO, «Bibliografía hispano-oriental. Apuntes para un catálogo de los documentos referentes a Indias Orientales (China, Japón, Cochinchina, etcétera) que se conservan en las colecciones de la Academia de la Historia», *BRAH*, XCVIII (1931), pp. 417-175. El mismo erudito publicó dos tempranos *Viajes a Oriente*, el de fray Antonio de Lisboa (1507) y el de fray Diego de Mérida (1512). También BUENAVENTURA IBÁÑEZ, *Las Misiones Franciscanas en China. Cartas, informes y relaciones (1650-1690)*, ed. de S. Alcobendas (Madrid, 1933). Para la literatura portuguesa, no menos rica, están las obras fundamentales de SOUSA VITERBO («Viagens da Índia a Portugal por terra e vice-versa», *O Instituto*, XLIV-XLV, 1897-98), C. WESSELS (*Early Jesuit Travellers in Central Asia, 1603-1721*, The Hague, 1924), Charles David LEY (*Portuguese Voyages, 1498-1663*, Londres, 1947) y otras. Un útil resumen es el de Luis GRAÇA, *A Visão do Oriente na Literatura Portuguesa de Viagens: os Viajantes Portugueses e os Itinerários Terrestres (1560-1670)* (Lisboa: INCM, 1983), 339 pp.

³ «Hay en la España actual, sin duda alguna, muy poca afición a las narraciones de viajes, pues, de lo contrario, poseeríamos una buena y moderna *Biblioteca de viajeros y exploradores españoles*», decía Caro Baroja hace cuarenta años (*Estudios Mogrebíes*, Madrid, 1957, p. 83). Las cosas han cambiado algo desde entonces, no lo suficiente.

queda de pliegos sueltos auriseculares, llevada a cabo con impulso coleccionista y bibliofílico muy meritorio, ha rescatado o agrandado una parcela de la literatura cuyo valor estético es en general inferior al sociológico. Si se hiciera lo propio con los relatos de viajes de épocas y lugares remotos, los editores y estudiosos, ahora empeñados en darnos cada año la enésima edición del *Lazarillo*, tendrían campo virgen y amplio en que extender sus actividades, poniendo a nuestro alcance libros de elevado interés, tanto literario como etnográfico, libros muy entretenidos y llenos de observaciones irrepetibles que nos permiten aprender disfrutando, y participando de un asombro semejante al que sintieron Colón o Hernán Cortés en sus descubrimientos y conquistas, y por cuya fruición, unida al afán de lucro o al ardor apostólico, era entonces posible arriesgarlo todo ⁴.

Hoy vamos a dar un repaso a uno de esos libros de viajes cuyo autor no ha sido muy estudiado: el padre aragonés Pedro Cubero Sebastián. Lo que de su persona se sabe lo expone él mismo en estos términos:

Nací en el lugar del Frasno, del reyno de Aragón, vno de los lugares de la comunidad de Calatayud, año de 1645. Siempre desde mi niñez me incliné a las letras, y assí me embiaron mis padres a estudiar a la augusta ciudad y imperial de Zaragoza, cabeça de siete reynos, por serlo del de Aragón. Fueron mis maestros de Gramática los padres de la Compañía que en aquella ciudad la enseñan. En Filosofía, el doctor Vicente Nauarrete, y de Theología, en Salamanca, el padre maestro Godoy, y con el exemplo de tan insignes varones, siempre me incliné al ministerio virtuoso de la propagación de la Fe, y assí, recibiendo los sagrados órdenes, y juntamente la bendición de mis padres, me partí de mi patria para Roma ⁵.

⁴ He aquí cómo evoca Luis CERNUDA el deslumbramiento de un compañero de Cortés: «El mundo era sin límite, igual a mi deseo. / Frente al afán de ver, de ver con estos ojos / que ha de cegar la muerte, lo demás ¿qué valía? /...Sí, allí estuve y lo vi; envidiadme vosotros» («Quetzalcóatl», en *La realidad y el deseo*, México, 1958, pp. 216-7; el poema es de 1943). La misma insistencia en relatar «cosas nunca oídas ni vistas ni aun soñadas» por parte de Bernal Díaz la destaca Francisco RICO en su ensayo sobre el cronista (*Breve biblioteca de autores españoles*, Barcelona, 1990, pp. 87-106). También EÇA DE QUEIROZ, evocando el ansia de novedades de su generación, comenta: «O nosso transporte era cândido, genuinamente nascido do Ideal satisfeito, só comparavel áquelle que outr'ora invadia os navegadores peninsulares ao pisarem as terras nunca d'antes pisadas, Eldorados maravilhosos, ferteis em delícias e thesouros, onde os seixos das praias lhes pareciam logo diamantes a reluzir» (*A Correspondência de Fradique Mendes*, 8.ª ed., Porto, 1926, p. 9).

⁵ *Breve relación de la peregrinación que ha hecho de la mayor parte del mundo don Pedro Cubero Sebastián...* dirigida al Rey nuestro señor D. Carlos Segundo... (Madrid: Iuan García Infançón, 1680); 10 hoj. + 360 pp. Lleva, entre los poemas laudatorios, sonetos de Calderón y de Matos Frago. Citamos por la ed. de M. Serrano y Sanz (Madrid, 1916), p. 46. Esta edición, que abarca hasta el cap. 20, prometía un segundo

Datos que completa Latassa, tomándolos de sus obras:

También estudió la Jurisprudencia, y en la Catedral de Tarazona fue electo Canónigo Doctoral. Con licencia de sus padres pasó a Roma, y en 1671 la Sagrada Congregación de Propaganda Fide le dio facultad para misionar en el Asia e Indias Orientales, con el título de Predicador Apostólico. Del mismo modo lo honraron con sus Patentes las Órdenes de Canónigos y Clérigos Reglares, las Monacales y Mendicantes, varios Legados, Arzobispos y Obispos, Reyes, Príncipes y Soberanos y otros ilustres personajes. Procuró satisfacer su celo con el cargo de Confesor Apostólico de los ejércitos del Emperador contra el Turco en Ungría, y ni sus largos y penosos viajes que hizo por las cuatro partes del mundo, ni las fatigas que sufrió y trabajos que superó, sirvieron de otro que de acreditar más su edificación y útil observación que anotó, y entre otras cosas dos noticias singulares. La primera sobre el animal llamado comúnmente la Gran Bestia, que describe con exactitud en la pág. 168 de su *Peregrinación*, la cual, si hubieran tenido presente los naturalistas de este siglo, no hubieran disputado tanto para determinar a qué género pertenece, y la segunda sobre el Árbol de la Canela, que describe puntualísimamente en la pág. 269, indicando al mismo tiempo su afinidad con el laurel, en cuyo género lo han colocado posteriormente los botánicos. Murió este ilustre misionero [en] 1697⁶.

El bibliógrafo enumera tres de sus obras impresas: 1) la *Breve relación de la peregrinación de la mayor parte del mundo*, ya citada. 2) *Descripción general del mundo y notables sucesos que han sucedido en él*

volumen, que no llegó a salir, con los 22 restantes y el apéndice, que es una «Breve Descripción de la Monarquía de la Gran China». La col. Cisneros de Edit. Atlas, en 1943, publicó una selección del libro que comprende los caps. 16-42, exceptuados los núms. 32, 33, 34, 35, 39 y 40. La segunda (Nápoles, 1682) se ha reimpresso en Madrid: Miraguano-Polifemo, 1993. Su primera mitad es muy distinta de la *princeps*: incluye un capítulo con *laudes Hispaniae*, otros los abrevia, y reúne en uno los dedicados a Roma. El resto presenta cortes y mejoras esporádicas de estilo. En lo sucesivo, al citar este libro nos servimos de la ed. de Serrano y Sanz, hasta el cap. 20, y para los demás, de la tercera: *Peregrinación que ha hecho de la mayor parte del mundo...* (Zaragoza: Pasqual Bueno, 1688), 8 hoj. + 288 pp. El único trabajo que conocemos sobre el autor se debe a Ricardo DEL ARCO: «Pedro Cubero y Sebastián y su peregrinación de la mayor parte del mundo en el siglo XVII», *Universidad*, XXIV (Zaragoza, 1947), pp. 41-66. Se limita a reproducir las noticias de Latassa, y el memorial de Cubero a Carlos II, que sirve de sumario a la *Peregrinación*.

⁶ Félix LATASSA, *Biblioteca nueva de los escritores aragoneses...*, IV (Pamplona: Joaquín Domingo, 1800), pp. 83-5. Hay edición posterior: *Biblioteca Antigua y Nueva de escritores aragoneses de Latassa*, aumentadas y refundidas en forma de Diccionario bibliográfico-biográfico por don Miguel Gómez Uriel (Zaragoza: Calisto Ariño, 1884), tomo I, pp. 371-2. La entrada anterior se dedica a Antonio Cubero Sebastián, probable hermano de Pedro, «autor conocido y muy instruido en el comercio y ciencias económicas».

(Nápoles: Salvador Costaldo, 1684), luego vertida al italiano por D. Francisco de la Serna (Nápoles: Carlos Porsile, 1685). 3) *Segunda peregrinación donde se refieren los sucesos más memorables assí de las guerras de Ungría, en el Assedio de Buda, Batalla de Arsau, y otras: como en los ultimos tumultos de Ingalaterra...*, etc. (Valencia: Iayme de Bordazar, 1697). Menciona también la *Descripción general del mundo y notables sucesos que han sucedido en él, con la armonía de sus tiempos, ritos, ceremonias costumbres y trages de sus naciones, y varones ilustres que en él ha avido*, por haberla anunciado el propio autor al fin de la *Segunda peregrinación* como de publicación inminente en Valencia, donde en efecto la imprimió Vicente Cabrera el mismo año de 1697. Latassa no llegó, pues, a verla, y no se sabe en qué se funda para decir que «es obra distinta de la referida en el número 2». Las ediciones napolitanas del núm. 1, en castellano (1682) e italiano (1683) llevan un retrato del P. Cubero, obra de A. Portio.



FIGURA 1.—Retrato del P. Cubero (*Peregrinación del Mundo*, Nápoles, 1682).

Pero la Biblioteca Nacional de Madrid guarda otras obras de este autor. Diremos algo de ellas, porque, a pesar de su contenido etnográfico, no han sido comentadas, y nos dan una idea de la curiosidad insaciable, y a veces algo morbosa, del buen P. Cubero, mezclada con una extraña inclinación a lo maravilloso. La *Vida, crueldades y tiranías de Muley Ismael, intitulado Emperador de Marruecos y Rey de Mequínez* (ms. 8077) es un opúsculo de 12 folios, a los que siguen cuatro más con anécdotas y poesías varias en letra diferente. En ella se por-

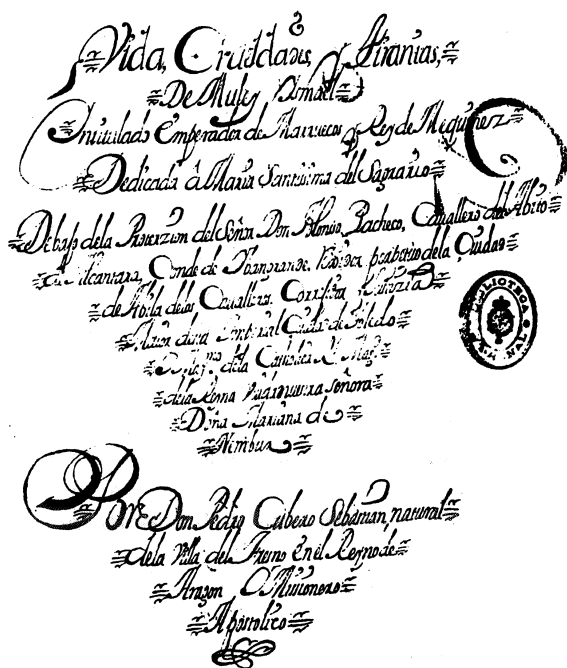


FIGURA 2.—Frontis del ms. 8077 BNM.

pone, por un lado, dar cuenta de «los horriblos hechos quanto inhumanos de este fiero basilisco», «monstruo de la naturaleza», «sangrienta arpía», cuyas crueldades anunciaba ya «el auer nazido con dientes», y, por otro, alabar la constancia de los cristianos que padecieron martirio bajo su tiranía. Tampoco sus vasallos salían mejor librados cuando no eran diligentes: «En cierta ocasión mandó a un moro fuesse a dar vna embajada, y allándose indispuesto el moro y respondiendole que le

dolía vna muela, al punto encendido en cólera él propio le arrancó los dientes, las muelas y aun las quijadas». A otro moro, que había acusado a los cristianos cautivos de lastimar a una cierva suya, descubierto que había sido él el causante del daño, «mandó que le dessollasen vibo en su presencia». Sigue contando cómo por sospechas de complot hizo una gran matanza en la ciudad y amontonó los cadáveres a las puertas, no consintiendo en sacarlos de allí hasta que se corrompieran. Desenterró a los cristianos de su cementerio para convertirlo en jardín. A una doncella inglesa que tenía cautiva la amenazó con torturas tan refinadas que la obligó a plegarse a sus deseos: «oi tiene tres hijos en ella y es vna de las prinzipales concubinas». A otra concubina que sin su permiso cortó una flor, a pesar de estar preñada, «metiéndola en una prensa hizo que allí purgasse lo mucho que le hauía seruido en sus torpezas». Martirizó a veinticuatro niños españoles y franceses, dieciséis de los cuales consintieron en volverse musulmanes. Otros cuatro portugueses resistieron sin renegar, el menor de ellos, de siete años, hasta morir. A otro «lo dejaron por no perder el rescate, que esta codicia los detiene que no hagan mayores crueldades». Reprimió la conspiración de unos alcaldes con tanta saña que perecieron más de trescientas personas:

Los mandó traer a su pressenzia a ellos y todos sus parientes hasta la quarta generazi3n; y por que la muerte fuera m3s sensible inbent3 un g3nero de tormento formidable: a los hombres encajaban en la cabeza un g3nero de arco de puntas de yerro para que a la buelta de un torno que gouernaba dicho arco fuesse poco a poco introduziendo las puntas en la caueza hasta que saltasen e hiciesen pedazos los cascos.

Pero la mayor crueldad, seg3n el P. Cubero, la padeci3 un r3gulo sublevado que cay3 en sus manos con algunos secuaces: «Los mand3 enzerrar en vnas mazmorras, teni3ndolos algunos d3as sin comer, mand3 sacarlos y mand3 que se comiesen a bocados vnos a otros hasta que espiraron». Termina el P. Cubero diciendo que omite algunas atrocidades «por no escandalizar los o3dos de los cath3licos»⁷. Lo m3s asombroso es que, seg3n testimonio de un fraile que acompa3n3 una embajada de Carlos II a Mekn3s, el rey de quien habla Cubero era muy aficionado a las obras de G3ngora, que pose3a manuscritas en castellano y 3rabe. Como se ve, hay 3pocas en que los hechos extraordinarios menudean de tal forma que no se dan lugar unos a otros.

En este escrito, cuyo relato se sit3a hacia 1690, precisa el autor que Muley Ysmael naci3 «en el pasado siglo», lo cual prueba que el padre Cubero no muri3 en 1697, como afirma Latassa. Otra obra suya refiere hechos ocurridos el 25 de julio de 1699 (p. 29), y es posterior a 1700, ya que en dos ocasiones menciona a Carlos II como ya difunto. Se trata de

⁷ El gusto de Cubero por las truculencias se manifiesta en otras obras. As3, en la *Peregrinaci3n* narra la ejecuci3n de dos facinerosos atenaceados en Viena (cap. XV). Pero no es en absoluto exclusiva suya, sino que, por el contrario, crueldades espe-luznantes, junto con ejemplos notables de caridad y hospitalidad, parecen la t3nica en estos relatos. Uno de ellos, el *Tractado das cousas da China e de Ormuz*, de fray Gaspar DA CRUZ (1570), que vivi3 21 a3os en Oriente, describe con terrible crudeza la administraci3n de justicia en la China (cap. XX). Sus p3ginas fueron muy aprovechadas por Bernardino DE ESCALANTE en el cap. XIII de su *Discurso de la navegaci3n que los portugueses hazen a los reinos y prou3ncias del Oriente, y de la noticia que se tiene del reino de China* (1577). Nicolau de Orta Rebelo cuenta asimismo c3mo ejecutaban a los reos en Shiraz, poni3ndolos atados entre dos tigres y dos perros de Tartaria amaestrados para arrancarles los genitales (Joaquim VER3SSIMO SERR3O, *Un voyageur portugais en Perse au d3but du xvii^e si3cle: Nicolau de Orta Rebelo*, Lisboa, 1972, p. 124). Manuel DE VILLEGAS Y PIÑATELLI, secretario de Felipe V, que cita a Cubero como autoridad en su *Historia de Moscov3a y vida de su czares...* (Madrid: Convento de la Merced, 1736), dice de los rusos: «son tan crueles que el ser verdugo no lo reputan por ignominia» (vol. I, pp. 8-9). Al hablar de los g3neros de muerte que dan, precisa: «la m3s cruel es la de cortarlos los miembros uno a uno, y al fin, la cabeza» (p. 30), y a3ade que, si el reo es desterrado, le confiscan todos los bienes, «con que se hace m3s doloroso el castigo al paciente, viendo incluidos en su desgracia a la inocencia de sus hijos y muger» (*ibid.*).

un folleto impreso con este título: *Porfiado sitio del Mequinés adusto sobre la plaza de Ceuta, valor incontrastable con que se han portado las armas católicas, notables acaecimientos que ha avido en él*, sin pie de imprenta ni año. Consta de 18 hojas, que hacen 35 páginas numeradas, más una hoja en blanco, repartidas entre la *Relación sucinta del sitio que puso a la plaza de Ceuta el rey de Mequinés...* (pp. 1-25), larga silva de consonantes, y un texto en prosa, acápite (pp. 26-35), compuesto para agradecer los beneficios hechos al autor por D. Francisco del Castillo Fajardo, marqués de Villadarias, siendo gobernador de Ostende, y luego de Ceuta, durante «la interpresa de Lengua de Sierpe», objeto de la narración. Al frente lleva un grabado que representa a unos religiosos, uno de los cuales parece imagen del propio P. Cubero, con barba e insignias de peregrino, a los pies de la Virgen del Pilar, a quien el libro se dirige en larga dedicatoria (14 pp. sin numerar). En ella el autor cuenta cómo por su intercesión salvó la vida en varias ocasiones, y hace un breve resumen de sus andanzas, no muy distinto del que completa la *Descripción general del mundo*, dedicada a la Virgen de los desamparados, patrona de Valencia, en cuya portada Cubero se autodenomina «Dotor» y «Confessor General, que ha sido, de los Exércitos del Augustíssimo Señor Emperador Leopoldo, Primero de este nombre, contra el Turco en Vngría».

Esta obra, en la que «comprehendió el Autor el Vniuerso todo», según encarece una de las aprobaciones fechada en 1693, lleva un prólogo «al benigno y pío lector» que expone su doble propósito: «sacar del Cahos y laberinto fabuloso la realidad y verdad», silenciada por el olvido o adulterada por los poetas, y «representarte, como en cristalino espejo, tu desengaño» con caídas de príncipes y mudanzas de imperios. Empieza desde luego por el principio, a saber, por la creación, y aunque promete «estilo histórico», no pierde ocasión de zaherir a los «mordazes atheístas», «los idiotas epicuros» y otros muchos descarriados. Siguen las descripciones de Asia, África, América y Europa, por este orden y con copia de autoridades bíblicas y modernas. En la p. 63 comienzan los «Notables sucessos del mundo...», que avanzan, siglo por siglo, hasta el año 1688. Los detalles que ofrece son estupendos: Dios creó el mundo «a veynte y seys de octubre, según el parecer de Calvisio, en día lunes»; «a treynta y vno de octubre crió Dios el primer hombre», y este, «a los quince años de su creación, engendró en su muger Eva a Cayn, primogénito del mundo y vaso de maldad». Luego nació su hermana Calvaria, «porque en el principio de la creación del mundo, como quieren los más graves autores, nacían de un parto macho y hembra». Una vez arrojados del paraíso, Adán y Eva se asentaron en Siria: «Esto fue según nuestra quenta tres mil novecientos sesenta y vn años antes de la venida de nuestro Redentor Jesucristo». El

padre Cubero tiene pocas noticias de los siglos segundo, tercero y cuarto, y ninguna del quinto, desde la creación, pero muchas del sexto y siguientes, gracias a Beroso, a «aquel varón ilustre Hermes Trismegisto», y a los textos bíblicos y mitológicos puestos a contribución en mescolanza que no deja de recordar la *General e grande Estoria* u obras como la *Ymago mundi*, del cardenal Pierre d'Ailly (y Juan Gerson), impresa hacia 1483⁸. Sigue con las historias de Israel, Grecia y Roma galopando siglos abajo hasta el año 3901, en que nace Jesucristo; continúa con los apóstoles, el bajo Imperio, Mahoma y la pérdida de España, curiosamente fechada el 714. Téngase en cuenta que la narración no es lineal en absoluto, porque atiende a tantas monarquías y sucesos dispares que produce vértigo: desde la p. 63 al final no hay divisiones de capítulos ni pausas que permitan el menor respiro.

En p. 227, con pretexto de haber mencionado a Constantinopla, y a pesar de que su historia aún va por el siglo XV, inicia una larga digresión para contar su viaje a esa ciudad, la describe, y habla por extenso del imperio otomano —no sin alguna escapada verbal a Ceilán, donde a su juicio debe situarse el paraíso terrenal—: el inciso abarca solo 35 páginas. Dedicaba bastante espacio a la guerra de los treinta años, y remata la obra con unos elogios a los reyes y emperadores de la Casa de Austria, revueltos con los de algunos clérigos no menos señalados, como el Arceobispo de Valencia don Gerónimo Frigola, quien el año 1692 logró que el día de la circuncisión «se le diese culto de reverente latría a la sacrosanta camisita sin costura o túnica interior inconsútil de lino con que fue abrigado nuestro Dios humanado recién nacido, obra de mucha curiosidad, echa por las manos de María, Señora nuestra, que en semejantes obras fue aplicadísima y primorosa», según certifican san Anselmo y san Epifanio. «Y aunque algunos han dicho que la camisa o túnica interior que le hizo cuando niño crecía milagrosamente como se iba aumentando Su Magestad», el padre Cubero, echando el resto de su peculiar racionalismo, declara que no es necesario aceptar tal milagro, con lo que el libro concluye. Semejante derroche de pormenores en una *Descripción general del mundo* nos ilustra acerca del criterio seguido por el autor, así como del espesor de su fe y de su ilimitada credulidad⁹.

⁸ Cf. la versión española de A. Ramírez de Verger (Madrid, 1992).

⁹ Ilimitada, sobre todo en lo tocante a las tradiciones cristianas. Por ejemplo, en el capítulo XIII de la *Peregrinación*, dedicado a Loreto, se demora en toda clase de minucias al describir la casa de la Virgen, sus adobes, sus cuatro traslaciones, las dimensiones de la ventana por la que entró el ángel, el armario donde María colocaba sus libros, y los infinitos prodigios y milagros que acompañan la leyenda, en uno de los cuales llega a dar el nombre de siete demonios expulsados de una mujer.

En la *Peregrinación*, hablando de las herejías de Lutero y Calvino, añade: «Déxolas por aora al silencio hasta que, dándome Dios salud, escriua libro contra ellos, aunque no merecen que ningún cathólico tome la pluma contra sus ridicularidades» (cap. IX, p. 110). Algo después, al comentar la temerosa pintura que los herejes suelen hacer a sus hijos de los sacerdotes papistas, insiste: «en otro libro, dándome Dios salud, las describiré» (p. 112). Si llegó a cumplir su propósito, no lo sabemos. Su último libro parece haber sido el *Epítome* de sus viajes¹⁰, que muestra bien a las claras de qué correa estaba hecho el padre Cubero. Comienza diciendo que el 15 de febrero de 1672 fue nombrado misionario apostólico de Asia por la Congregación de Propaganda Fide. Va de Roma a Innsbruck, embarca en Passau y llega a Viena, siendo emperador Leopoldo Ignacio I, quien le da cartas para Juan III de Polonia y para D. Pedro Ronquillo, enviado extraordinario del rey de España en aquella corte, que luego fue embajador en Londres. El rey polaco a su vez le da otras para Paulo Chipriano Broztosqui, gran Refrendario de Lituania, para Juan Basilio, Gran Duque de Moscovia, y para el shah Solimán, Gran Sofí de Persia. En ese viaje vio la gran bestia, en los bosques de Lituania. «Es uno de los dificultosos viajes que he caminado en mi vida, pues todo él es paludoso, y por esto casi intransitable, si no es en tiempo de invierno, quando está helado» (p. 3). Una vez obtenido el permiso del zar «por las dificultades que ay para los Estrangeros entrar en este Reyno, pues es prohibido..., me aparejé para otros caminos mucho más dificultosos, y en vna caleza sin ruedas, que es en forma de un trillo de nuestra España, al qual carro los naturales llaman Eslita», es decir, un trineo tirado por caballos. Pasa por Smolensko y se aloja en «las rústicas cabañas de aquellas gentes. Son unas pequeñas chozas, hechas de madera, y en medio la estufa: puedo assegurar parecer una Arca de Noé, si no sobre las aguas, a lo menos entre los bosques: allí está la baca, el puerco, la cabra, la oveja, las gallinas, ánades, cisnes y otra diversidad de animales que allí abunda» (p. 4). Llega a Moscú, donde el zar le regala un trineo con un caballo blanco. Solicita acompañar al embajador que va a la China, pero se lo deniegan, «a mi parecer como sospechosos no explorasse el camino tan fácil [!] que ay desde la ciudad de Moscovia a la corte de China, Pekín..., viage que

¹⁰ *Epítome | de los arduos | viages que ha hecho | el Doctor Don Pedro | Cubero Sebastián, Presbytero, Misionario Apostólico, y Confessor | General de los Exércitos Christia- | nos en las quatro partes del mundo, | Asia, África, América y | Europa. | Con las cosas más memorables que ha | podido inquirir. | Escrito por el mismo, | quien lo dedica y consagra | al M. Ilustre Sr. | Don Raymundo | de Saldivar, | Conde de Sauzedilla, Cavallero del | Orden de Alcántara, &c. | Con licencia en Cádiz, en la Imprenta de | Christóval de Requena, año de 1700; 8 hoj. + 112 pp.*

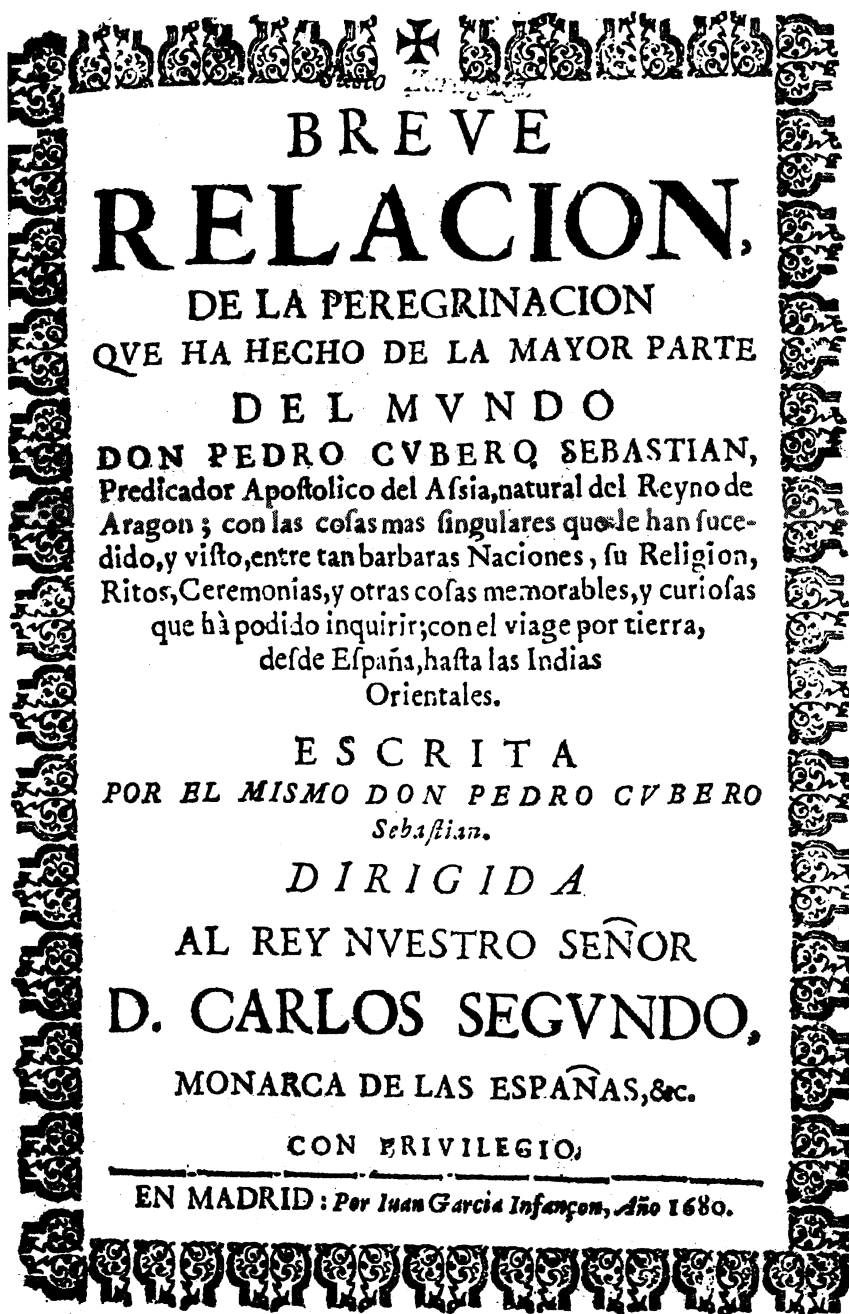


FIGURA 3.—Portada de la *Peregrinación del Mundo*, ed. *princeps*.

—según dice algo antes— en dos meses se puede hazer por tierra» (p. 8)¹¹. Al sobrevenir el deshielo se embarca con el embajador despachado a Persia, desciende por el Moscua y el Oka hasta el Volga («que los tártaros llaman Raa»¹²), «a cuyas riberas se veían todas las bárbaras naciones, que habitaban en los bosques debaxo de árboles como sátyros: sustentanse de los robos y latrocinios; en tiempo de verano vienen a la Rusia y van a vender las presas a la Armenia; y lo que roban en Armenia, lo traen a vender a la Moscobia» (p. 9). Atraviesa el mar Caspio o Hircano, que «rodeado de altísimas rocas, es innavegable, si no en tres meses del año, porque lo demás del tiempo siempre está borrascoso» (p. 10). «Las naves que en él navegan tienen dos timones, vno a proa y otro a popa... En las fábricas de estas Naos no entra hierro, pues en lugar de clavos se valen de vnos palos a quien ellos llaman tarugos, y preguntando yo la causa, me dixeron los naturales que el fondo de dicho mar en algunas partes era de piedra imán, que arrancaba los clavos o sumergía la nao» (p. 10). Llega a Shamaka, o Shamaki, en Armenia, recién destruida por un terremoto. Viaja de noche a causa del calor, en un grupo de 400 personas, de las que 94 perecen en el camino. En Persia lo recibe el Gran Sofí. Sale en dirección a Ormuz, y en una nave portuguesa arriba a Diu, luego a Goa, donde residía el virrey don Luis de Mendoza. De allí sigue a Cochim y Colombo (Ceilán), entonces en poder de holandeses, Siam y Manila. Visita las Molucas, y embarca hacia Nueva España «por el mar del Sur, que es una de las navegaciones más dilatadas, molestas y tempestuosas del mundo, pues en nueve meses no vimos más que cielo y agua, y de quatrocientas personas no llegamos al Puerto más que noventa y dos» (p. 22). Al pasar por las Islas Marianas un huracán los arrastra hasta los Lequios del Japón. Por fin aportan a Acapulco, donde Cubero encuentra a don Fernando Valenzuela, «que pasaba desterrado a Filipinas» (p. 22). Desde allí, tras sustituir un tiempo al vicario fallecido, va a México, Puebla y Veracruz, embarca en la flota de D. Diego de Córdoba, llega a Cádiz en 1680, descansa unos días, y sigue por tierra hasta Roma, completando de esa forma la vuelta al mundo en sentido contrario al de Elcano. Según su cuenta, en este primer viaje bautizó a más de 22.000 personas.

Fue luego como confesor apostólico a las guerras de Hungría, tierra que le parece «tempestuosa, despoblada, toda llena de marrozales [*sic*] y

¹¹ El P. Cubero debió de viajar provisto de buenos mapas, y, en general, no está mal informado. Desde Moscú a Pekín hay unos 3.000 kms. que, si todo fuera liso y llano, se podrían recorrer en dos meses, a razón de 50 por día.

¹² Sin embargo, en p. 93 es el Mar Caspio quien se llama *Rabaa*, que significa «sorbedor y padre de muchas aguas».

bosques», donde «nacen los frutos como si fuera en huertos», pero también los zánganos, mosquitos, moscones, moscas y langostas, «tan espesas que cubrían el sol» (p. 24). Asiste a la victoria de Arsan, luego a la coronación de José, hijo de Leopoldo I, como rey de Hungría, y sale hacia Flandes. Llega a Bruselas durante el gobierno del marqués de Gastañaga, y describe las fiestas del Papagayo, «antiguas entre los flamencos» (p. 26). Visita Gante, Brujas y Ostende, y embarca para Inglaterra, donde soplaban vientos favorables al catolicismo. Describe Escocia, país que encuentra deforestado, e Irlanda, cuyos habitantes se le antojan inhóspitos y fieros. Entre los caballeros que lo acompañan va un hijo del general Espínola.

En p. 34 dice que, habiendo hablado de sus viajes al rey, este mandó a su intérprete, un padre jesuita, que tradujese al inglés el primero de ellos y lo imprimiese, lo que no parece haberse realizado. «También hizo a su pintor mayor sacase un retrato mío; venía con barba grande y vestido de sacerdote, cosa inusitada en aquella isla». Describe Windsor, convierte a un mercader, presencia la deposición del rey Jacobo II y la subida al trono del príncipe Guillermo de Orange, y se vuelve a Flandes. Tras unos días de reposo, embarca con el conde de Mansfeld y llega a Galicia, lo que aprovecha para visitar Santiago. Luego se encamina a la corte, donde pasa unos días, hasta que el rey lo envía a las guerras de Cataluña. Una vez hechas las paces, decide pasar al África. Incluye la descripción de Ceuta (pp. 43-60), una narración acerca del «valor heroico con que se portó la nación española contra los bárbaros agarenos...» en la interpresa de la Lengua de Sierpe el 25 de junio de 1699 (pp. 61-65), y un relato acerca de «algunas de las muchas crueldades del bárbaro Rey de Mequinez Muley Ismael», que ya conocemos con más detalle (pp. 66-72).

La última sección del libro (pp. 73-112) versa sobre «el viaje que hizo a Constantinopla, y grandezas que vio en aquella ciudad», acompañando al embajador de Venecia. Van por barco hasta Zara, de allí a Belgrado y Constantinopla, ciudad de pobres murallas, casas ruines, con paredes de greda y tablas, calles estrechas y mal formadas, y bosques de cipreses (p. 79). Un turco, miembro de la embajada de la Gran Puerta en Venecia, le explica su religión, historia, costumbres, leyes y demás. Todavía da un repaso (pp. 93-103) al «nacimiento, vida, y proezas del Gran Tamorlán de Persia», enumera los emperadores alemanes y los reyes españoles, sin olvidar sus virtudes características, y termina con sucinta relación de sus propios libros.

Como es natural, el P. Cubero repite en unas obras, resumido o expandido, lo que ha contado en otras. La energía que despliega en realizar viajes solo es comparable a su afán de contarlos con pelos y señales, según manifiesta en el prólogo a su *Peregrinación*:

Determiné, con el afecto debido a mi nación, que qualquiera lograse, en los sossiegos de su estudio, lo que yo pude conseguir en las fatigas de mi camino; pór que, siendo tan corta la vida de los hombres (por lo común) para la experiencia, pueda ser bastantemente capaz para la noticia» (p. 19)¹³.

Sería muy largo y trabajoso poner en orden sus observaciones, aun sin pretender discernir entre ellas las históricas de las fabulosas o las librescas, ya que la fuente de tales relatos es siempre triple: lo visto, lo oído y lo leído. A efectos etnográficos, quizá la más rica de sus obras sea la *Peregrinación de la mayor parte del mundo*, aunque no comparable a los enormes *Comentarios* de don García de Silva y Figueroa, escritos a lo largo de una embajada a Persia que duró diez años, tantos que en ella murió el propio embajador y quien lo enviaba¹⁴. Vamos, por tanto, a dar una muestra de lo que el P. Cubero fue notando durante sus andanzas por regiones apenas holladas por españoles, aunque sin desdeñar algunas concernientes a otras más próximas.

En el itinerario del P. Cubero, la sección más extraña es la correspondiente a Francia, ya que sube y baja sin que se sepa qué persigue: de Zaragoza va a Huesca, atraviesa el Pirineo, llega a París, consigue el pasaporte real, y desciende por Orleans hasta Lyon, «ciudad magnífica y nombrada por su comercio y riquezas, y en particular por las impresiones de libros, que juzgo ser el mayor trato que en ella hay» (p. 72); repara en el reloj de la catedral:

Su hechura es a modo de pirámide, de tres estados de hombre; en medio ay vna mano que señala las horas, los cuadrantes, minutos, manguantes y crecientes de

¹³ Después añade algo de interés literario: «En este volumen no puse cuydado alguno en la observancia del estilo, por dedicarme todo a la expresión de la verdad... Con la diuersión de lenguas en los países que he andado, no he podido retener la pureza de la castellana con aquel adorno que la posee el que no ha salido desta patria» (pp. 19-20).

¹⁴ *Comentarios de D. García de Silva y Figueroa de la Embajada que de parte del Rey de España Don Felipe III hizo al Rey Xa Abas de Persia*. Ed. de Manuel Serrano y Sanz (Madrid: SBE, 1903 y 1905); 2 vols. de xviii + 397 y 625 pp. La obra está dividida en ocho libros de desigual extensión, y fue redactada por el propio embajador, nacido en Zafra en 1550 y muerto en 1624, durante el regreso. A diferencia de Cubero, hicieron el viaje por mar, saliendo de Lisboa en abril de 1614, para luego alcanzar Persia desde las plazas portuguesas de la India. En el mismo viaje aprovecharon para visitar Mesopotamia. La embajada de García de Silva debió de ser tan suntuosa que casi un siglo más tarde aún se hablaba de ella en Persia, y servía de modelo a un embajador portugués; cf. Jean AUBIN, *L'Ambassade de Gregório Pereira Fidalgo à la cour de Châh Soltân-Hosseyn, 1696-1697* (Lisboa, 1971), pp. 36, 42 y 101. Caro Baroja ha extraído noticias de los *Comentarios* de Silva y Figueroa para sus estudios tecnológicos.

la luna; pero lo más que es de marauillar, el gallo de bronze que está en la superficie del reloj, y antes de dar la hora, sacudiendo tres vezes las alas, canta otras tantas vezes como si fuera vn gallo natural: no me quise poner a inquirir cómo era esto, por no ser de mi profesión (pp. 71-2).

En Lyon, por estar cerca de «la excomulgada ciudad de Ginebra», como le llama en otro lugar, «ay muchos hereges». «Lo que quantan en España que allí se venden espíritus familiares, téngolo a fábula, porque no ay razón ni fundamento para creer tal cosa; no dudo aver grandes alquimistas, arbolarios y mágicos, porque ay grandes ingenios, pero lo demás todo es fabuloso» (p. 72). De allí baja a Vienne, donde describe una ferrería hidráulica:

No dexaré de hablar de vn ingenio donde se forman las ojas de las espadas, por ser vna cosa tan memorable; y es desta suerte, porque es vn molino donde vn pequeño arroyo que por vna parte haze andar los fuelles, y por otra parte la fornaza, y por otra parte la piedra de amolar; y toda esta máquina se mueue solo con este arroyo» (p. 73).

Lo que haya que entender por *fornaza* no lo sabemos: acaso se trate de un aragonésismo para designar el martinete¹⁵. Cerca está el palacio que llaman de Pilatos porque en él habría sufrido el destierro impuesto por Tiberio, «pero de lo demás que cuentan de que allí se oyen voces, téngolo a fábula», concluye (p. 73). De Vienne vuelve hacia el norte, visita Ginebra, y sale de ella sacudiéndose bíblicamente el polvo de los zapatos. Pasa por Chambéry, cruza el Isère a la altura de Grenoble «por vna puente harto mala y desastrosa, de maderos, y larga más de quinientos passos». Achaca el bocio que padecen los montañeses a beber el agua del deshielo. Y señala sierras hidráulicas, para él desconocidas: «En diuersas partes destes montes Alpes vi vnos ingenios de asserrar madera que era por cierto cosa curiosa, pues sin que nadie tocasse las sierras, asserrauan tan derechamente los maderos como si fuessen por manos de asserradores» (p. 79)¹⁶.

Ya en Saboya, visita Turín, atraviesa Vercelli, Novara, y entra en Milán, cuyo ducado colma de elogios. En el duomo ve uno de los clavos de

¹⁵ No figura con tal sentido en el *Diccionario aragonés*, de Rafael ANDOLZ (Zaragoza, 1992).

¹⁶ También las señala don Juan de Persia cerca de Magdeburgo, junto con molinos de viento, y comenta que «siendo tan grandes los ríos desta provincia, y habiendo hombres tan ingeniosos entre los alemanes, me admira que haya tantas sierras de agua como vimos para labrar la madera y metales, y remitan el sustento ordinario a la voluntad del viento» (*Relaciones*, ed. de N. Alonso Cortés, Madrid, 1946, p. 230).

Cristo, que perteneció al emperador Constantino: «Lo que vi el día que lo baxaron, muchos espirituados y espirituadas comiençan a dar voces y alaridos que es vna gran confusión aquella iglesia» (p. 89). Pasa por Piacenza, Parma, Módena y Bolonia. En esta ciudad visita el Colegio de los españoles, cuyo rector es un paisano y condiscípulo: «Allí vi muchas jaulas de ruiseñores, que los criauan dándoles de comer maçapán y gusanos de seda, por ser vna aueçilla tan delicada, tanto en el canto quanto en la vida» (p. 93). Se detiene en Florencia, donde es bien tratado por Cosme III Médicis, quien poco antes había viajado por España (p. 101)¹⁷. Cubero dice haberle escrito cartas, que acaso se encuentren en los archivos de Toscana. Sigue por Siena y Viterbo, y llega a Roma, ciudad a la que consagra tres capítulos extensos. En el primero encoge sus amplias tragaderas mostrando un inesperado euhemerismo al enfrentarse con los mitos clásicos (Lupa igual a 'meretriz', Creúsa, y no Venus, madre de Iulo¹⁸, apoteosis de Rómulo, «fábula, por cierto, ridícula»), a la vez que sigue la constante hispana de defender a la reina Dido, con no menos vehemencia y oportunidad que don Quijote a la reina Madásima: «Quando este poeta Marón no mereciera el infierno por otros delitos, mereçialo por este falso testimonio que leuantó a esta casta matrona Dido, pues del vno al otro passaron más de treçientos años, con que se reconoce ser cosa fabulosa» (p. 111)¹⁹. No lo es, en cambio, que la fuente del templo de san Sabo cure el flujo de sangre, «vna marauilla de las mayores que he visto en el mundo» (p. 117). Gran parte del cap. X lo dedica a enumerar las 333 iglesias de Roma.

Sale de Roma hacia el norte, atraviesa la Umbría pasando por Narni y Spoleto, visita Asís, recuerda el milagro de nacimiento de san Francisco, continúa por Tolentino y Macerata, se detiene en Loreto, y en Ancona se embarca para Venecia. De esta ciudad habla largo y tendido, sin omitir la descripción de las góndolas, de San Marcos, el viaje de incógnito del papa Alejandro III, la ceremonia del bucentoro, etc. Allí ve «dos cuernos de vnicornio que cada vno tiene quatro pies de largo; y son los verdaderos, por ser de la misma suerte que los que yo vi en el Mogor...; blanco y puntiagudo, retorcido a modo de caracolillo de los que se crían en las playas de la mar» (p. 201), es decir, muy similar, si no idéntico, al del

¹⁷ Cf. el *Viaje de Cosme de Médicis por España y Portugal (1668-1669)*, escrito por Lorenzo Magalotti y publicado por Ángel Sánchez Rivero y Ángela Mariutti (Madrid, 1933, 2 vols.).

¹⁸ Salta a la vista que la mitología no es el fuerte del P. Cubero. Nadie dijo que Venus fuera madre de Iulo, sino del propio Eneas.

¹⁹ El pasaje puede añadirse a los comentados por María Rosa LIDA, *Dido en la literatura española. Su retrato y defensa* (Madrid-Londres, 1974).

narval. Los del rinoceronte (o abada, como le llama) «no tienen tanta virtud y tan realçada como la del vnicornio; pero tienen virtud de expeler el veneno, como por experiencia lo vi en Malaca» (*ibid.*).

Cruza el Tirol, «la tierra más áspera que he pasado», y llega a Viena. Se disfraza para navegar por el Danubio hasta Buda, en territorio dominado por los turcos, y de Hungría, sin aludir al resto de la navegación por el río y el mar Negro, salta a describir Constantinopla, con algún toque realista y displicente, por ejemplo, al hablar de Santa Sofía: «La mezquita toda está despojada, los muros rasos; solo ay en ella algunas lámparas; y lo que vi colgado, muchos hueuos de avestruzes; no sé con qué fundamento ni me puse tampoco a aueriguarlo, por no importarme nada y tener esto por cosa ridícula» (p. 228). No se entiende tampoco semejante desvío en su ruta hacia Polonia, ya que se ve forzado a desandar sus pasos, de nuevo en dirección norte, cruzando Transilvania, hasta Olmütz, en Moravia, y Cracovia, en Silesia²⁰. En un convento de esta ciudad le muestran una carta de san Francisco Javier a san Ignacio, que vierte al latín, aprende de memoria y transcribe (p. 236)²¹. Continúa por el Vístula hasta Varsovia, donde asiste a la elección de Juan III Sobieski. Allí le llama la atención que los ayudantes del verdugo cacen con lazo los perros sueltos, para luego ahogarlos y despellejarlos. Sale hacia Vilna con el refrendario de las paces de Lituania, y en el camino ve la gran bestia, o alce, que le interesa sobre todo por la virtud de su uña contra la epilepsia²². En Vilna le cuentan el caso milagroso de un rayo que mató a varias personas en un palacio donde un militar, oyendo los truenos, había dicho que mayores eran los de las bombardas. Antes de Cassin, en zona

²⁰ No es imposible que Cubero inserte aquí por error la descripción de la ciudad que visitó en otro viaje efectuado hacia 1682 y mencionado en su *Epítome*.

²¹ La carta, «original, toda de su letra», según Cubero, está datada en Goa, a 28 de septiembre de 1542. No la menciona el P. Fernando María MORENO en *Cartas y avisos espirituales de san Francisco Javier* (Madrid, 1952, 2.ª ed. ampliada), recopilación que no contiene ninguna de esa fecha, aunque sí, curiosamente, tres del mismo día 20 de ese mes, también escritas en Goa. Es mucho más breve que las restantes, y su contenido coincide en parte con el párrafo 5 de la núm. 12.

²² De la que también habla el autor del *Estebanillo González*, treinta años antes, a su paso por Lituania (cf. la ed. de A. Carreira y J. A. Cid, Madrid, 1990, II, pp. 231-2). En 1568 el nuncio de Polonia la describía así: «Aquel que se llama la gran bestia, tanto célebre por la uña, remedio experimentado para muchas enfermedades, es animal de maior grandeça que el asno, mas de pelo semejante, por lo qual muchos an creído que sea el onagro, pero no puede ser, porque tiene la uña hendida; también tiene los cuernos semejantes a los del ciervo, pero mucho maiores. Hállase las más veces en las selvas de Prusia» (Ignacio BAUER, *Un manuscrito sobre Polonia en la Biblioteca de don Pedro de Aragón*, Santander, 1934, p. 15).

muy boscosa, encuentra a una mujer desconsolada a quien un oso le había arrebatado un hijo pequeño, «cuya cabeça aun nos mostró, con que yo entonces la enterré dentro de la misma casa» (p. 261). Sigue su camino hacia Moscú por terreno pantanoso donde solo encuentra miserables cabañas, cuyos habitantes le horripilan por su promiscuidad con los animales, su hediondez y unas comidas que le revuelven el estómago: «Entre las bárbaras naciones del mundo no he visto otra más que esta» (p. 264)²³. Pasan por Smolensko, ciudad hecha de callejuelas y casas de madera. De allí a Moscú cuenta «más de ciento y ochenta puentes; pero tan malas, que es vn adagio entre aquellas naciones del Septentrión que dize: *Grauitas hispanica, sagacitas italica, ieiunium germanicum, pontes polonici et moscouiti, nihil valent omnia*» (p. 269).

Una vez en Moscú, es recibido y agasajado por el zar. Se le permite ejercer su ministerio en cierto barrio, donde confiesa a diversas personas, de las cuales una era hechicera:

Fueron tantos los hechizos y ensalmos, y las muertes que esta muger avía causado con yervas, que me quedé absorto, y no las refiero por no escandalizar los oídos al lector. Reconocí en ella grande dolor y arrepentimiento, porque las lágrimas se le caían vna a vna. Díxela, viéndola tan contrita, me traxesse todos aquellos embustes y hechizos que tenía. Prometió hazerlo, y a cosa de las cinco de la tarde me los traxo a casa en vna pequeña gabeta; abríla, y apenas la abrí fue tal el horror y hedor que me dio que se me erizaron los cabellos; dentro della tenía muchas orejas de hombres muertos violentamente, dientes y muelas de ahorcados sin número, pestañas de tigre, hasta pedaços de çapatos que se ponen debaxo los quicios de las puertas, muchas figurillas hechas de cera, y otras de plomo, atravesadas con alfileres, mucha diversidad de yervas, y Amphión, y otras cosas que no refiero. Tenía vn pequeño libro escrito de mano, de muy mala letra. Cogí todos estos embustes y los eché dentro de la estufa: aquí es lo más prodigioso, que apenas los eché dentro quando los tizones saltaron para arriba y assí la estufa se hizo pedazos. En fin, no me aparté de allí hasta que se quemó todo. Supe después que muchos hombres, que estaban con gravísimos dolores por estos hechizos, sanaron. Preguntéle a la muger que dónde avía aprendido aquello, y me dixo que siendo niña la avían cautivado los tártaros, con que allí avía apren-

²³ De la misma opinión era Anthony SHERLEY en 1622: «Si no es para Cataya, no sale ningún moscovita del estado, ni para ver el mundo ni para tratar, so pena de la vida, si no es algún embajador... Y esta es la causa de la barbaridad que tienen, que es llanamente la mayor y más bestial del mundo» (Xavier-A. FLORES, *Le «Peso político de todo el mundo», d'Anthony Sherley, ou un aventurier anglais au service de l'Espagne*, París, 1963, p. 82). Más abajo da otra razón, en la que también insiste Cubero: «Es gente... tan dada a vever que desde las nueve de la mañana hasta el día siguiente no se puede hazer trato ni negocios con ellos» (pp. 83-4). Cubero atraviesa Rusia bajo el zar Alexey Mijáilovich Románov (1645-1676), cuyo hijo, Pedro I (1689-1725), comienza una modernización del país que apenas alcanza las capas inferiores de la sociedad.

dido estos hechizos. Dentro de pocos días le dio la última enfermedad de la muerte, a que la asistí, y murió con grande arrepentimiento, con que espero en Dios se avrá salvado (3.ª ed., pp. 144-5).

Moscú le parece grande y desproporcionada, con casas semejantes a la actual *mobile home*: «Sus edificios todos son de madera, excepto algunos palacios que ay de ladrillo; las cassas son movibles, de tal manera que quando vn vezino está disgustado en vn barrio, coge la casa y se muda a otro, y esto con facilidad, porque debaxo tienen vnas ruedas, y como son de madera, y ellos tienen pocos trastos, con facilidad lo hazen; y esto cada día lo veía por la ciudad» (p. 145). Menciona a continuación el templo de san Juan Bautista, cuya campana había caído: «No me atrevo a hablar de la grandeza de esta campana, porque parece cosa increíble: caída en el suelo parecía vna pequeña isla. Sobre la caída desta campana començaron a agorar, porque son los moscovitas muy supersticiosos» (*ibid.*). Describe la bendición del río, que se hace el día de Reyes tras romper con picos el hielo «cosa de dos varas de grueso, y algunas veces más, hasta que llegan al agua», todo ello en presencia del zar.

Por otros testimonios sabemos que Moscú era ruta normal para llegar por tierra a Persia, o volver de ella, evitando atravesar territorio dominado por los turcos. Según García de Silva, el arzobispo de Goa, a fines del s. XVI, consiguió del shah Abbas que permitiera establecerse en Ispahan a unos frailes agustinos. Años después, Clemente VIII

enbió a fray Juan Thadeo de San Eliseo, descalço de la reformation de Nuestra Señora del Carmen, con cartas para el ya dicho rey, exhortándolo a pasar adelante con los buenos principios que daua de fauoreçer la cristiandad de los europeos, y offreciéndole el fauor de sus reyes para la diuersión de la guerra que tenía con el turco, siendo esto lo que particularmente él pretendía. Hizo su camino fray Juan Thadeo con otro rreligioso de su Orden, por Alemaña, Polonia, Moscovia y Tartaria, hasta la ciudad de Astarcán, cerca donde el río Volga, a quien los tártaros y moscovitas llaman Edil, desenboca en el mar Caspio, de donde, auiendo por *las puertas de hieiro* y ciudad de Derbento entrado en las prouincias de la Persia, fue recibido de aquel rey ²⁴.

La misma ruta sigue el padre Cubero, que sale de Moscú en compañía del embajador de Persia, y pone rumbo al sur, en una larga navegación hasta el mar Caspio, ya en los confines de Persia. Transcribe como puede los extraños nombres de poblaciones y ríos por donde pasa ²⁵: Kolomna, el río Oka, al cual afluye el Moscua, Murom, Nóvgorod, el río

²⁴ *Op.* y ed. cit., II, pp. 36-7.

²⁵ Aquí los damos en su forma usual moderna para facilitar la identificación.

Sura, Kazan, el río Kama, por el que cree navegar, aunque hoy ese trecho se llama ya Volga. Al sur de Balakovo, el río es ancho y poco profundo. Pasan por Sarátov, y de allí hasta el delta Cubero va pintando todos los pueblos que le dicen habitar en las riberas del río: «Naciones feroces, que moran debaxo de tierra en ciertas cuebas: sus caras no son como las nuestras, sino quadradas, a manera de cabeça de carnero, y por esta ocasión, y la fiereza que tienen, quando cogen algún hombre humano, le abren el costado y le beben la sangre: llámanse paskyrios, y hasta el día de oy se duda si son hombres o fieras» (p. 152). En Sarátov le enseñan la calavera de uno, «y era a manera de cabeça de carnero». Los mardoas, cavernícolas sin Dios ni religión: «Quando alguno dellos muere lo entierran cerca de vn camino, y matando vn cavallo lo entierran juntamente con él, cortándole al cavallo la cabeça, y poniéndola sobre vna pica en la misma sepultura, y encima vna cosa, como a manera de colmena» (p. 153). También unos tártaros llamados calamucos, «gente la más iniqua y malvada que se halla entre todos los demás [...]; no viven de otro que de rapiñas y asesinamientos [...]; quando pasé con la barca, los vi a las riberas: vnos se passeavan, otros se espulgavan, otros tendidos al sol lavavan su ropa [...] Vea el piadoso lector qué buena gente habita las riberas de este río» (*ibid.*). Antes de Astracán pondera su condición de precursor:

He puesto este viage lo más extenso que he podido inquirir y buscar por ser la cosa más peregrina para nuestra España, y mucho más el averlo hecho vn padre español, y porque en todas quantas mapas he visto deste río, tan célebre en el mundo, lo ponen desierto y despoblado [...] Si acaso huviere en él algún yerro, no fue culpa mía, sino del intérprete que me lo dezía, y de noche navegando no pude sacarlo con más primor. Podrá mi nación española agradecerme la buena voluntad que puse en servirla (p. 154).

Astracán, ciudad de ladrillo, es muy rica en pescados, y en caviar, «que acomodado lo llevan por toda Europa y Assia, que son huevos de este pescado: en su lengua le llaman vlesté²⁶. Es a manera de vn tubarón,

²⁶ No sabemos a qué lengua se refiere. Esturión en ruso se dice *osietr*, y caviar, *ikerá*. «Pescan unos pescados grandes, al modo de los salmones de España, aunque más largos y más hermosos a la vista, y el que menos es, pesa treinta y cuarenta libras; pero es cosa admirable que nadie osa comer la carne de estos pescados, sino que los pescan para sacarles unos huevos que tienen, a seis y siete libras dellos, y son negros como los higos maduros, y son muy sabrosos al gusto, y guárdanlos enjutos y secos uno y dos años, sin corromperse, como por acá los membrillos y granadas. Y es uno de los mayores regalos de aquella tierra», anota en sus *Relaciones* don Juan de Persia (p. 206), quien, en 1599, hizo el viaje a la inversa del P. Cubero,

aunque no tan grande. Su carne, blanca y sabrosa, que es para alabar a Dios ver todos los días en aquel muelle de Astracán tanta cantidad de pescados diferentes y sabrosos, los quales, abriéndolos por medio, colgados en vnas cuerdas, los secan al sol [...] Del pescado mismo hazen harina y forman como vnos panecillos» (p. 155), ya que desconocen el trigo. Pero con tanto pescado huele muy mal, el aire se corrompe, «se originan tantas moscas y moscones y otras sabandijas que es horror andar por la ciudad. La gente toda está descolorida y llena de sarna, con que toda la ciudad parece vn hospital general» (*ibid.*). A pesar de eso, Astracán es una babilonia llena de gente variopinta, ya que por allí entran las telas y sedas de Persia²⁷. Hace amistad con el vaivoda, cuyo padre había venido a España como embajador (p. 157)²⁸. Se embarca de nuevo con la expedición diplomática, y un día después entra en el mar Caspio. Esperando vientos propicios, se entretiene en la playa buscando piedras; una de ellas «como a modo de castaña, muy fuerte y dura, en la qual estava esmaltado co[mo] vn ojo de venado de color ceniciento, que los moscovitas me dixeron ser buena para contra el mal de hijada; como después lo experimenté» (p. 156). A los tres días de navegar sufren una terrible tormenta, que los arroja unos 500 kms. más al sur en las playas de Derbent, cerca de Bakú, siempre en la orilla occidental del Caspio. Allí han de aguardar el permiso para llegar a Shemaka:

En esta campaña donde estábamos avía muchos animales y sabandijas ponçoñosas; y contaré lo que sucedió con vna destas sabandijas. Yendo apacentando los camellos, a vno pequeñuelo le picó vna ponçoñosa en el ozico, y a las veinte y

desde Ispahan a Moscú, remontando la corriente de los ríos en galeras, que a veces era preciso halar con maromas.

²⁷ «La tercera escala es Astarcaan, situada a la desembocadura que haze el gran río de Volga en el mar Caspio, adonde acuden persas y armenios con oro, terciopelos, rasos, damascos, tafetanes y telas coloradas de las Indias de Bombasi, y con telas de oro y plata fabricadas en la Perssia con algunas pocas perlas finas y pedrerías de color como rubíes, jacintos y tales, y sacan por éstos pellejos de animales de todo género, cera y una cierta corambre que llaman cegrí para los aforros de sus cimitarras y para las cajas de sus arcos y flechas» (A. SHERLEY, *op. cit.*, p. 82).

²⁸ Puede referirse a Piotr Potemkin, quien en 1667 fue enviado por el zar a la corte de España en busca de relaciones comerciales y de alianza contra el Turco. La legación hizo el viaje por mar, desde Arkángel a Cádiz. Cf. *La Russie du XVII^e siècle dans ses rapport avec l'Europe occidentale. Récit du voyage de Pierre Potemkin, envoyé en ambassade par le tsar Alexis Mikhaïlovitch à Philippe IV d'Espagne, et à Louis XIV, en 1668. Précédé d'un aperçu...* par le Prince Em. GALITZIN (París: Baudry, 1853), y Constantin DERJAVIN, «La primera embajada rusa en España», *BRAH*, XCVI (1930), pp. 877-896.

quatro horas murió bramando y echando espuma por la boca. Mas no fue esto lo más, sino que, apenas murió, cada parte de su cuerpo se desunió por las coyunturas: tanta era la malicia del veneno de la sabandija que le picó. Aunque no la vi, me contaron los mismos charbatais, que son los que cuydan de las cáfilas de los camellos, que era vn animalillo a modo de víbora, de color pardo, y que por encima del lomo tenía vna como serreçuela, que su andar era tosco, y que, menos que no la pisaran o la hizieran daño, no picava; y que assí, yendo el camello paciendo la yerua, la debió de pisar, y la sabandija le mordió (p. 159).

También allí ve los célebres carneros «de cinco cuartos», de que hablan viajeros anteriores. Su cola era tan gruesa que se la abren, le sacan la manteca y se la cosen de nuevo: «y esto por mis mismos ojos lo he visto, que nadie me lo contó» (p. 160). En Shemaka, ciudad abundante en todo género de frutos, buen vino tinto, y seda, pasan dos meses, hasta que un noble persa los encamina a Qasvin, donde se encuentra el Sofí. Viajan de noche a causa del calor: primero salen las cáfilas de camellos, con sogas largas, para que puedan ir triscando todo tipo de arbustos, incluso espinosos, durante la marcha, seguidos de recuas de mulas. A las dos o tres horas parte la gente de a caballo, y los alcanzan antes de amanecer. Se detienen en los caravansares, cuya descripción no perdona ningún viajero. En ellos hay algibes para recoger el agua llovediza,

muy dulce y sabrosa, excepto que es menester beberla con particular cuidado, porque en ella se crían vnos gusanillos muy sutiles, que apenas el que la bebe los ve, y en bebiéndolos, aquel gusanillo se baja a las piernas, de donde se le origina vna enfermedad, porque en la pierna se le engendra vna como a modo de vena, sutil como vna hebra de seda negra, entre el cutis y carne, que le causa grandísimos dolores al paciente; y para averlo de curar es menester, quando saca la cabecilla por el cutis, agarrarla con vna hebra de seda, y teniendo particular cuidado, quando se saca, porque si se quiebra corre peligro el paciente (p. 163).

Llegan a Ardabil, donde se detienen porque enferma el embajador. El P. Cubero aclara que en Asia, cuando van a países lejanos, es costumbre enviar dos, por si uno muere. En Qasvin el Sofí les da audiencia. Los invita a comer —aunque sin tocino²⁹—, y a Cubero le regala un costoso vestido, que se ve obligado a ponerse y luego enajena³⁰. Lamenta el ascendiente que un astrólogo tiene sobre el Sofí, y también que el pueblo

²⁹ Orta Rebelo dice haber visto cerdos en Shiraz, y al preguntar cómo era posible, le respondieron que el mismo gobernador gustaba de comer su carne (J. VERÍSSIMO SERRÃO, *op. cit.*, p. 124).

³⁰ Gregório Pereira Fidalgo menciona el *kbel'at*, o vestido del mismo rey, que consta de túnica y bonete, y que se daba a los embajadores para que acudiesen a la audiencia de despedida (Jean AUBIN, *op. cit.*, p. 68).

persa haya caído en la molición, lo que le impedirá hacer frente a los turcos: «Si este imperio de la Persia no fuera por sí tan incontrastable, por ser seco y lleno de ásperas montañas, que por sí se guarda, no juzgo ellos lo avían de guardar de vn tan feroz enemigo» (p. 173)³¹. Continúa hacia Ispahan con unos mercaderes armenios, por un camino muy seguro de ladrones gracias a un expeditivo procedimiento: el gobernador del distrito está obligado a devolver lo que se robe³². Cerca de Kashan ve plantaciones de algodón, y en Ispahan, hermosos jardines públicos, y un río que se pierde en la tierra, sin desembocar en ningún sitio. Allí visita el palacio de los sofies, a cuya entrada hay, como en el de Qasvin, un madero de ciprés: «Este nunca lo pudo nadie pisar, sino que antes lo veneran y adoran, besándolo quando entran» (p. 183). Las paredes, unas están doradas, otras contienen hermosísimas pinturas, aunque «todas son lascivas y deshonestas, dirigidas a Baco y Venere, porque ellos no saben de Historias» (p. 184). Lo que esta frase signifique no lo sabemos; acaso, que no tienen leyendas mitológicas, pues las historias o relatos, según otros testimonios, sí eran del gusto de los persas:

Ha nesta cidade muitos desenfadamentos —comenta António Tenreiro, hablando de Ormuz hacia 1530—: entre os quaes ha hum para homens curiosos de feitos antigos; e he, que em hum alpendre grande a certas horas do dia, pola manhã, e á tarde, lê hum mouro velho corónicas antigas assim de Alexandre como de outros varões illustres. Isto fazem pera os mancebos se costumarem bem³³.

³¹ «El persiano es poderoso potentado, pero dessigualíssimo al turco, y su milicia, aunque es buena, no es al par de la turquesca. Su guerra que haze con el turco no es guerra de igual poderío, pero de salteamiento en passos, y con talar provincias enteras para quitar todo género de bastimentos del ejército turquesco», comenta SHERLEY (*op. cit.*, p. 128), y añade que el Sofi carece de flota por falta de madera. De todas formas, por la paz de 1629 Persia y Turquía fijaron sus fronteras, que permanecieron invariables hasta 1918.

³² En general, se quejan más de los ladrones los viajeros del s. XVI que los del XVII, y también más a medida que avanzan hacia occidente, porque —resume Orta Rebelo—, «como estes arabios são ladrões, aquelle que mais furta he mais honrado» (J. V. SERRÃO, *op. cit.*, p. 146). En cambio, en Persia propiamente dicha, ya a comienzos del XVII se habían arbitrado distintos medios para proteger las cáfilas con escoltas de soldados durante los trayectos («estão os caminhos seguros, sem acharem en toda a Persia ladrão nem pessoa que lhe faça prejuizo», dice ORTA REBELO, *op. cit.*, p. 102) y al guarecerse en los caravansares («qualquer couza que falta, seja huma agulha, são os guardas obrigados a pagalo, e alem disso são gravemente castigados e atormentados com grandes penas», *ibid.*, p. 116; en p. 124 se describe uno de esos castigos).

³³ *Itinerários da Índia a Portugal por terra*, ed. de António Baião (Coimbra, 1923), p. 6. A comienzos del s. XVII la costumbre persistía en Ormuz: «Leemse inda hoje em dia nesta cidade as histórias de Homero, Alexandre, e de Dario, e outras histórias

«Pero quando las lágrimas se me vinieron —continúa el padre Cubero— fue quando vi veinte y quatro piezas de artillería a la entrada de palacio, puestas en sus cureñas, donde estaban las armas de nuestro cathólico monarca don Felipe Segundo (que goza de Dios), que traxeron de la pérdida y ruina de la tan desgraciada ciudad de Ormuz» (p. 184), conquistada por los persas en 1622 con ayuda de una flota inglesa. Lo que no ve son librerías «porque en la Persia ay muy pocos o ningunos libros» (p. 185). En el mismo Ispahan presencia el sacrificio de una camella, sin que pueda explicar su sentido, que también había intrigado a García de Silva:

La çerimonia del camello, no auiéndose hecho en Xiras, ni acostumbrarse en otra parte que en Spahan, pareció ser alguna costunbre inmemorial antichíssima, como suele auer muchas semejantes en muchas partes de Europa, eredadas de vna edad en otra [...] Porque auiendo preguntado el Enbaxador con mucho cuydado en memoria de qué se hiziese la tal çerimonia, no supieron darle rrazón dello, aunque sospechó si no era rrito gentílico, que se celebrase en el vltimo de los dichos días como exsecración contra los Sunis sus enemigos, prometiendo y deseando la vengança en ellos de la manera que despedaçauan aquel camello, y que en Spahan, como en metròpoli y cabeça del inperio persiano, se çelebrasse y vsase el tal sacrificio (García de Silva, *Comentarios*, II, pp. 351-2).

Cubero deja la corte y prosigue su viaje siempre hacia el sur. Pasa por Shiraz —cerca de la antigua Persépolis, ya pobre y arruinada—, y luego por Passargada y Lar hasta Bandar Abbas, frente a la isla de Ormuz, en el estrecho de su nombre³⁴. A la vista del mar, Cubero se siente aliviado y da gracias a Dios «porque avía cerca de dos años que caminava por tierra, y a mi parecer, con los rodeos de vno y otro, desde que salí de España, caminaría por tierra más de cinco mil y setecientas leguas, con que ya deseava entrar en la mar» (p. 191). He aquí su última observación de Persia:

No dexaré de contar vna cosa prodigiosa que sucedió hallándome allí el día que entró el zabandar [gobernador]. Salieron los tres cónsules a recibirle, y a cosa de las dos de la tarde, estando ya el zabandar para entrar en la ciudad, fue tanta la multitud de langosta que vino por la parte occidental que cubrían el sol; y no reparé tanto en la multitud de langosta, quanto en nuestra Europa la tenemos por plaga, aquellas naciones lo tienen por felicidad, diziendo que era muy buen agüero, y que avía de aver feliz año. Y assí fue, porque ellos tuvieron qué comer para muchos días, porque las cogían en vnos sacos o canastos, y fritas o assadas las comían y las vendían en la plaza; y yo por curiosidad también me comí dos o tres de ellas. Aquel día fu[e] muy festivo para la ciudad; y tampoco estraño que

antigas dignas de memória; e passando em um dia pelas cazas del Rey vi as escolas junto a seus payos, e os mestres que ensinavão» (J. V. SERRÃO, *op. cit.*, p. 94).

³⁴ *Bandar*, o *Bandel*, según Tenreiro, «em nossa língua quer dizer porto» (*Itinerário*, ed. cit., p. 8).

a ellos no se les diera nada de la langosta, porque todo aquel país es tan seco que nada les podía comer, y ellos las comían (p. 193).

Dejamos al P. Cubero a punto de embarcarse en la armada portuguesa de Goa, mandada por don Juan de Sá y Sotomayor, quien le invita a sustituir al capellán, muerto poco antes. La India es territorio, aunque inmenso y lejano, más conocido, pues cuenta con una amplia literatura del tiempo en portugués y castellano. En cuanto a la península de Cochinchina, también tempranamente explorada por algún religioso español, requiere estudio aparte³⁵. Con los extractos anteriores es suficiente para hacerse una idea de cuán subido es el interés que tienen estas obras, en una época que no por milagrera y decaída deja de presentar insospechados ejemplos de energía. El P. Cubero no es un gran escritor, ni un etnógrafo, ni un científico ni un conquistador. Su ilusión es bautizar, confesar, convertir; se siente feliz cuando le arranca al Sofí de Persia algún pequeño privilegio para su religión, una exención de tributo, un permiso para predicar o simplemente sobrevivir en un medio hostil. Trata de perros a los ingleses, a los holandeses, a los judíos, a los renegados de cualquier raza, nación o fe contraria al catolicismo. En religión, para él, lo que no es católico es ridículo, tanto si es antiguo como si es moderno. Dentro de su creencia, en cambio, todo es armónico y maravilloso. Su falta de autocrítica es palmaria, incluso irritante. Pero en lo demás es lo contrario del típico cura de misa y olla: infatigable observador de cuanto lo rodea, pertinaz interrogador de todo el que se le acerca, implacable anotador de lo que llega hasta sus sentidos. El P. Cubero, nacido en unas tierras pobres, calcinadas en verano y expuestas a los vientos del Moncayo en invierno, se propuso conquistar el mundo a su manera; porque el mundo, para hombres de su temple, por muy espirituales que sean, aparece como inmenso, e inmensamente atractivo: un caleidoscopio que muestra la grandeza de Dios, la hermosura de la naturaleza y el inagotable ingenio humano. En el fondo, algo no muy distinto de lo que fue para los padres de la Etnología, Hecateo, Heródoto o Estrabón, según nos enseñó don Julio Caro Baroja en uno de sus libros memorables³⁶.

ANTONIO CARREIRA VÉREZ

³⁵ Cf. la *Breve y verdadera relación de los successos del Reyno de Camboxa*, por fray Gabriel DE SAN ANTONIO, de la orden de Santo Domingo (Valladolid: Pedro Lasso, 1604; 83 ff.). De ella se hizo una edición facsímil en 1929, en una colección titulada «Monografías de la España colonial», que por desgracia no parece haberse continuado.

³⁶ *La aurora del pensamiento antropológico. La Antropología en los clásicos griegos y latinos* (Madrid: CSIC, 1983), 236 pp.

Breve repaso a las principales obras del P. Cubero, misionero aragonés que, en el último tercio del siglo XVII, dio la vuelta al mundo y anduvo por zonas conflictivas como Hungría y Marruecos. Se destaca la parte de su itinerario desde España a Persia por tierra, atravesando Polonia, Lituania, Rusia y Armenia, y se señalan sus observaciones etnográficas, con testimonios concomitantes de viajeros anteriores y coetáneos.

This is a brief review of Father Cubero's main writings. An Aragonese missionary, he traveled around the world in the last third of the 17th century, passing by such conflictive areas as Hungary and Morocco. The paper emphasizes the phase of his trip in which he traveled from Spain to Persia, going through Poland, Lituania, Russia, and Armenia. Father Cubero's ethnographic remarks on these territories are brought to bear with those concomitant of previous and contemporary travelers.